

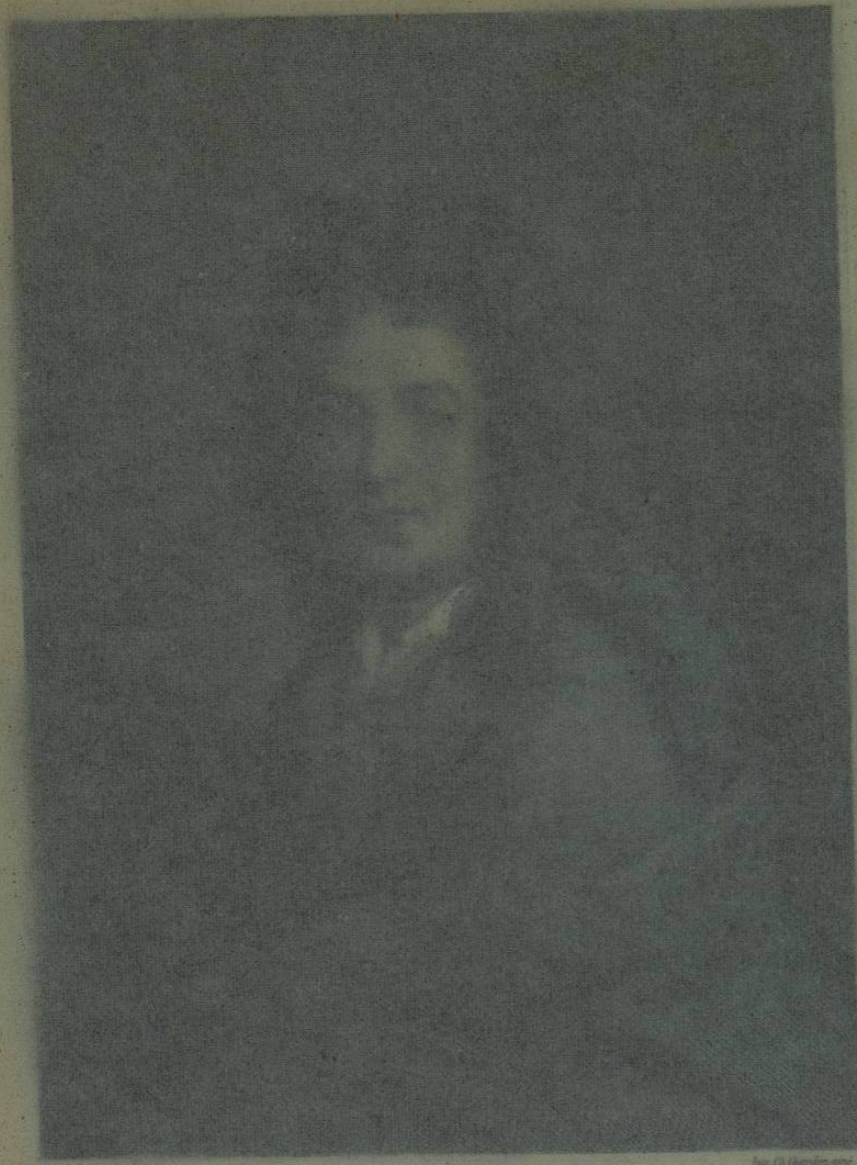
Ferd. Delamoy sc.

Imp. G. Chardon aze

J. DE LA BRUYÈRE

Garnier frères Éditeurs.

1687, época en que vió la luz el libro de los *Carac-*
 teres. El tercer periodo el siglo de Luis XIV. Las grandes
 obras de este siglo se escribieron en los primeros años de su
 reinado. Los grandes autores no vivían, pero repa-
 saban sus obras, y se dedicaban en aquella gloriosa
 época a la perfección de sus obras. El año que el nombre
 de este siglo se le dio, es el que se había
 consumado el primer periodo de los poetas y escritores
 de este siglo. En el año de 1687, La Rochefoucauld,
 La Fontaine, Molière de Nivernais. La madurez de
 este siglo corresponde al principio y a los mejores años del
 reinado de Luis XIV, pero la debían a un impulso y a un alimento
 que vino de la segunda generación, distinta de la primera, tuvo a su
 cabeza a Racine y pudieramos agregar, Fléchier, Bour-
 ignon. Todos estos poetas y escritores, nacidos de 1632 en
 adelante, vivieron en el reinado de Luis XIV y empezaron a
 escribir en la época del encarnamiento de Bossuet y Racine
 que se consumó en la gran ciudad de 1687 y
 en la gran ciudad de 1687 por su gran entre-
 namiento, y en la gran ciudad de 1687 y
 en la gran ciudad de 1687. Los poetas, en un momento
 de su vida, se dedicaron a la poesía y a la prosa. La
 poesía de este siglo es completa y la belleza de
 la prosa de este siglo es perfecta. La tendencia que do-
 minó en este siglo, la tendencia única, era la serenidad,
 la serenidad. Bossuet, Racine y Bossuet habían



J. DE LA BRUYÈRE

LA BRUYÈRE

Por los años de 1687, época en que vió la luz el libro de los *Caractères*, llegaba á su tercer período el siglo de Luis XIV. Las grandes obras que habian ilustrado los comienzos y una gran parte de su reinado estaban hechas; los grandes autores aún vivían, pero reposaban. Tres partes se distinguen, efectivamente, en aquella gloriosa literatura. La primera, á la cual no dió Luis XIV más que el nombre, era una continuacion de la época precedente, en la que se habia formado; pertenecen á este primer período los poetas y escritores nacidos de 1620 á 1626 y aún ántes de 1620: La Rochefoucauld, Pascal, Molière, La Fontaine, Madama de Sévigné. La madurez de estos escritores corresponde al principio y á los mejores años del reinado en cuestion, pero la debian á un impulso y á un alimento anteriores. Una segunda generacion, distinta de la primera, tuvo á su cabeza á Boileau, Racine y pudiéramos agregar, Fléchier, Bourdaloue, etc., etc. Todos estos poetas y escritores, nacidos de 1632 en adelante, caen de lleno en el reinado de Luis XIV y empezaron á darse á conocer hácia la época del casamiento real. Boileau y Racine habian terminado su carrera literaria en la fecha citada de 1687 y se ocupaban en escribir historia. Bossuet reinaba por su genio entre el esplendor de aquel reinado, cuya majestad sostuvo y realzó hasta los últimos dias de su ancianidad. Era, pues, un admirable momento aquel otoño radiante para producir brillantes y sazonados frutos. La Bruyère y Fénelon aparecieron entónces completando la belleza de un cuadro al que parecía difícil añadirle nada. La tendencia que dominaba entónces ó, mejor dicho, la tendencia única, era la serenidad, por decirlo así, más majestuosa. Boileau, Racine y Bossuet habian

depurado tanto, que era imposible ya hacer una obra en que un solo pensamiento ni una palabra quedaran ocultos en la sombra. ¡Tan límpida y luminosa era la atmósfera de los espíritus! La coyuntura, pues, era favorable tanto como temible, pues se necesitaba para expresar y desenvolver un pensamiento la más indiscutible precisión y la mayor claridad. La novedad no bastaba; la profundidad tampoco; ambas eran precisas, pero envueltas en una forma correcta del más exquisito gusto. La Bruyère triunfó de tantas dificultades. Fénelon igualmente floreció en aquellos días en que todo parecía dispuesto para nutrir su juventud y completar su genio; pero hay algo de más singular en el carácter de La Bruyère.

No se sabe nada, ó casi nada, de la vida de La Bruyère, oscuridad que contrasta con el efecto inmenso de su obra. Si en su libro único no hay una sola línea que no apareciera en evidencia desde el instante de su publicación, en cambio no hay un solo detalle del autor que sea bien conocido. Toda la luz de su siglo cayó de lleno sobre las notables páginas, sobre todas y cada una de las páginas del libro, y el semblante del hombre que lo tenía en la mano quedó como perdido en la penumbra.

Se ha dicho que La Bruyère nació en un pueblo próximo á Dourdan en 1639; otros han dicho que en 1644; hoy se sabe positivamente que nació en París y fué bautizado el 17 de Agosto de 1643. Tenía pues veinte años cuando apareció *Andrómaca*; todos los frutos sucesivos de aquellos ricos años maduraron para él y fueron los manjares de su juventud; buscó sin impaciencias el calor fecundo de aquellos brillantes soles, no experimentando envidia ni tormento. Por espacio de muchos años se limitó á leer con reflexión, penetrando hasta el fondo de las cosas y esperando.

La Bruyère perteneció á la congregación del Oratorio, según resulta de una nota escrita hácia el año de 1720 (por el padre Bougerel ó por el padre Le Long) en una memoria encontrada en la biblioteca de dicha congregación; pero no se sabe si fué simplemente discípulo ó en qué concepto perteneció á ella. Á esta circunstancia debió quizá sus primeras relaciones con Bossuet; pero sea como quiera, se sabe que Bossuet le llamó para que fuese preceptor de historia de uno de los príncipes. Desde entónces permaneció en Versalles, viviendo hasta el fin de sus días en el hotel Condé con una pensión de mil escudos.

D'Olivet, que es muy breve desgraciadamente sobre el famoso autor, pero cuya autoridad no es recusable, nos dice en buenos términos: «Era como un filósofo que no pensaba sino en vivir tranquilo con amigos y libros, teniendo acierto para elegir los unos y los otros; siempre estaba dispuesto á una alegría modesta, siendo ingenioso para producirla; pulido en sus maneras, discreto en sus discursos, estaba desprovisto de todas las ambiciones; hasta temía y evitaba la de mostrar ingenio.»

El testimonio del académico se encuentra confirmado por el de Saint-Simon, quien insiste, con la autoridad de un testigo no sospechoso de indulgencia, en atribuirle las mismas cualidades de buen gusto y discreción: «El público, dice, perdió poco despues (1696) un hombre ilustre por su ingenio, su estilo y su conocimiento de los hombres; hablo de La Bruyère, que murió de apoplejía en Versalles despues de haber excedido á Teofrasto en su *Teofrasto*, despues de haber pintado los hombres de nuestro tiempo en sus *Caractères* de una manera inimitable. Era un hombre honrado, sencillo, amable, sumamente desinteresado y muy distante de la pedantería. Yo le habia conocido lo bastante para sentir su muerte y las obras que se podian esperar de su edad y su salud.»

Boileau se mostraba un poco más difícil que el duque de Saint-Simon en cuanto á las maneras, al tono de La Bruyère, pues escribia á Racine el 19 de Mayo de 1687: «Maximiliano (¿Por qué este apodo de Maximiliano?) ha estado á verme en Auteuil y me ha leído algunos fragmentos de su *Teofrasto*. Es un hombre muy honesto, á quien nada faltaria si la naturaleza le hubiera hecho tan agradable como él quisiera serlo. De todos modos, tiene ingenio, tiene saber, tiene mérito.» Quizá volvamos sobre este juicio de Boileau, á cuyos ojos era La Bruyère un hombre de las generaciones nuevas, uno de esos hombres en quienes nos parece demasiado grande la ambición de escribir de otra manera que nosotros.

Aquel mismo Saint-Simon que estimaba á La Bruyère y que con él habia hablado en más de una ocasión (1), nos pinta la casa de Condé

(1) Aquí nos ocurre un pensamiento: Cuando La Bruyère y el duque de Saint-Simon se encontraban juntos en Versalles, ¿cuál de los dos era el pintor de su siglo? Los dos seguramente; pero el uno, el pintor entónces declarado, el duque de Saint-Simon, nos dejó retratos que hoy aparecen velados y misteriosos; el otro, el pintor desconocido y clandestino, La Bruyère, hizo retratos que hoy denuncian

y en particular al joven príncipe discípulo del filósofo, en rasgos que reflejan sobre la vida de este. A propósito de la muerte del tal príncipe ocurrida en 1710 nos dice : « Era de un amarillo lívido, tenía el aire furioso y tales eran su altivez y audacia que costaba trabajo acostumbrarse á él. No carecía de ingenio, había leído, conservaba vestigios de una excelente educación (*ya lo creo*), y tenía maneras finas y aún graciosas cuando quería ; pero quería rara vez... Su ferocidad era extremada y se mostraba en todo. Á su lado no estaba nadie seguro y sus amigos no estaban libres jamás ni de bromas crueles ni de insultos, etc. »

Refiere Saint-Simon que aquel joven príncipe ó duque de la casa de Condé, hallándose en Dijon en 1697, dió un gran ejemplo de la amistad de los príncipes y una buena lección á los que la desean. Hizo beber á Santeul un vaso de vino de Champagne en el que había vertido el contenido de su tabaquera ; el pobre *Théodas* murió á las pocas horas con vómitos horribles.

Tal era el nieto del gran Condé y discípulo de La Bruyère ; tales sus bromas de príncipe. Ya en otro tiempo había muerto el poeta Sarasin, víctima de los bastonazos que le prodigaba un Conti de quien era secretario. En la manera enérgica con que Saint-Simon nos habla de los Condés, se ve como por grados se trasforman los héroes de aquella raza ilustre en algo como cazador ó javalí. En tiempo de La Bruyère aún conservaban ingenio, pues como dice el mismo Saint-Simon hablando de Santeul, « los príncipes de Condé, le llevaban consigo á todas partes y era el amigo predilecto con quien bromeaban, hacían juegos de *esprit* y sostenían asaltos en prosa como en verso (1). »

La Bruyère debió sacar gran partido como observador de su intimidad con aquella familia, notable entónces por su brillante urbanidad, su ferocidad, sus vicios, su desenfreno. Todas sus observaciones sobre los *héroes* y los *hijos de Dios* nacen de aquella intimidad ; hay en ellas

á los originales y nos permiten conocerlos como si en su tiempo hubiéramos vivido.

N. del A.

(1) Lo del *esprit*, no lo diría Saint-Simon por la broma final, que costó la vida á Santeul por envenenamiento. En cuanto á bromear con el poeta es indudable que lo hicieron hasta el fin ; ¡ hasta que lo mataron ! Sin embargo, no está comprobado por otros testimonios lo que dice Saint-Simon de la broma del envenenamiento ; pero quizá sus autores echaran tierra al asunto.

N. del T.

disimulada amargura : « Los hijos de Dios, por decirlo así, se salen de las reglas generales de la naturaleza y son como excepcionales. No esperan nada del tiempo y de los años. El mérito en ellos es anterior á la edad. Nacen instruidos y son hombres perfectos, cuando el comun de los hombres no ha salido de la infancia. » En el capítulo de los *Grandes* se le escapa decir lo que debió pensar muy á menudo : « La ventaja de los *Grandes* sobre los demas hombres es por un lado inmensa : yo les cedo su buena mesa, sus muebles, sus tapices, sus perros, sus caballos, sus enanos, sus locos y sus aduladores ; pero les envidio la felicidad de tener á su servicio gentes que les igualan y aún exceden por la inteligencia y por el corazón. »

Las reflexiones inevitables que le inspiraban las escandalosas costumbres palaciegas no eran perdidas tampoco y las hacía resaltar mediante algunos rodeos. « Hay miserias en la tierra que oprimen el corazón. Les falta á muchos hasta el alimento, asústales el invierno, temen la vida. Otros en cambio comen frutos precoces, pues se violenta á la tierra y á las estaciones para dar gusto á la delicadeza de sus paladares. Algunos hombres, sólo porque son ricos, han tenido la audacia de consumir de un bocado el sustento de más de cien familias. Luche quien quiera contra tan sublimes goces ; yo me desentiendo y me refugio en modesta medianía. » Lo de *algunos hombres* parece referirse á los ricos vulgares de la clase média ; pero pudo ser escrito despues de alguna opípara cena de semidioses, como aquella en que su discípulo asesinaba á Santeul dándole á beber tabaco español en una copa de vino de Champagne.

La Bruyère, que gustaba de las lecturas antiguas, concibió la idea de traducir á Teofrasto, pensando introducir á favor de la traducción algunas de sus propias reflexiones sobre las costumbres modernas. ¿ La traducción de Teofrasto era un pretexto ó fué verdaderamente la ocasión determinante y el primero y principal designio ? Debemos inclinarnos á esta última suposición, al ver la forma de la edición primera en que aparecieron los *Caractères*, edición en la cual Teofrasto ocupa realmente una gran parte. La Bruyère estaba penetrado de esta idea, con la que abre su primer capítulo : que *todo está dicho* y que *se viene al mundo demasiado tarde al cabo de siete mil años de haber hombres que piensan*. Se declara de la opinión por Courier sustentada en

nuestros días; leer y releer incesantemente á los antiguos, traducirlos si se puede y á veces imitarlos: « No se puede exceder á los antiguos sino imitándolos. » Á los antiguos, La Bruyère añade *los hábiles entre los modernos*, que han espigado el campo arrebatando á los tardíos sucesores lo mejor y lo más bello. En esta convicción empieza á rebuscar y recoge toda espiga, todo grano que considera digno. El pensamiento de lo difícil, de lo maduro, de lo perfecto, le ocupa visiblemente, y en cada una de sus palabras su gravedad revela la hora solemne del siglo en que escribía. No era aquella la hora de los ensayos ó las tentativas. Casi todos los grandes maestros aún vivían. Molière habia muerto; mucho despues habian desaparecido Pascal y La Rochefoucauld; pero los demas permanecían en pié. ¡Qué nombres! ¡Qué auditorio tan augusto, qué jueces tan consumados aunque ya silenciosos! El mismo La Bruyère los enumeró en su discurso académico; les habia pasado revista muchas veces en sus nocturnas veladas, ántes de hablar en la Academia. ¡Y aquellos grandes, *rápidos conocedores del ingenio!* ¡Y Chantilly, *escollo de las malas obras!* ¡Y aquel rey que *los dominaba á todos!* Dignos jueces para quien en las postrimerías del gran torneo queria también alcanzar una parte de su gloria.

Todo lo habia previsto La Bruyère y nada le arredró. Conocía la altura que se necesitaba, la habia medido y llamó. Avanza confiado, aunque modesto; ni un esfuerzo vano ni una palabra perdida; al primer paso se colocó en su puesto, un puesto que á ninguno cede en importancia. Los que por cierta disposicion nada comun del corazon y del entendimiento *se encuentran en estado*, como dice La Bruyère, *de entregarse al placer que da la perfeccion de una obra*, esos pueden experimentar una emocion, solo para ellos concebible, abriendo la pequeña edicion en un sólo volúmen del año de 1688 y pensando que todo La Bruyère está ya allí, salvo las numerosas perfecciones que recibieron las ediciones siguientes. Teofrasto y los discursos preliminares ocupan ciento cuarenta y nueve de las trescientas sesenta páginas que cuenta todo el volúmen.

Mas tarde, á contar de la tercera edicion, agregó La Bruyère sucesivamente algunos pensamientos á cada uno de los diez y seis capítulos, pensamientos que quizá por circunspeccion habia guardado en cartera y que enriquecieron de mil modos su inmortal obra maestra. La

primera edicion contiene ménos retratos que las sucesivas. La excitacion de la publicidad los hizo brotar de la pluma del autor que al principio sólo habia pensado, ó pensó principalmente, en hacer observaciones y reflexiones morales. El libro de los *Caractères* ganó mucho con las adiciones; pero en la primera y más breve edicion se ve mejor el origen y la tendencia natural del libro.

La Bruyère tenia cuarenta y dos años en el de 1687. Ya estaban formadas sus costumbres y su vida arreglada; en nada cambió. No alcanzó á deslumbrarle su gloria repentina; la habia soñado durante mucho tiempo; sabía muy bien que hubiera podido no lograrla sin valer ménos por eso. Habia dicho en su primera edicion: « ¡Cuántos hombres admirables dotados de gran genio han muerto sin que de ellos se hable! ¡Cuántos viven todavía de quienes no se habla ni se hablará jamas! » — Celebrado, buscado y atacado, se creeria quizá ménos feliz despues que ántes de su triunfo y, en ciertos días, se arrepintió sin duda de haber entregado al público una parte tan grande de su secreto. — Los imitadores que surgieron por todas partes, los abate Villiers, los abate de Bellegarde, (sin contar los Brillon y otros muchos posteriores que él no pudo conocer), aquellos autores, ó más bien *copistas* que se adhieren á todos los triunfos como las moscas á los buenos platos, debieron causarle impaciencias y mortificaciones (1).

La Bruyère murió repentinamente, de una apoplejía, en el año de 1696, desapareciéndolo en plena gloria ántes que sus biógrafos, imitadores y comentaristas hubieran pensado en estudiarlo de cerca. Se puede ver en la nota manuscrita de la biblioteca del Oratorio, citada por Adry, « que la marquesa de Belleforière, de quien era íntimo

(1) Las imitaciones de La Bruyère han sido innumerables. En las *Memorias de Trévoux* (Marzo y Abril de 1701), se lee: « Desde que vieron la luz los *Caractères* de M. La Bruyère, se han dado al público, ademas de las traducciones en diversas lenguas y de las diez ediciones hechas en doce años, más de treinta volúmenes por el mismo estilo: *Obra del gusto de los Caractères*; *Teofrasto moderno ó nuevos caractères de las costumbres*; *Continuacion de los Caractères de Teofrasto y de las costumbres de este siglo*; *Los diferentes caractères de las mujeres del siglo*; *Caractères sacados de la Escritura santa y aplicados á las costumbres del siglo*; *Caractères naturales de los hombres, en forma de diálogo*; *Retratos serios y críticos*; *Caractères de las virtudes y los vicios*; etc. La república de las Letras se vió inundada de caractères.

amigo, podría dar algunas notas acerca de su vida y su carácter.» Pero la tal marquesa no dijo nada ni probablemente la interrogarian. Vieja ya en 1720, fecha de la nota manuscrita, era quizá una de las personas en quien La Bruyère pensaba cuando escribía en el capítulo *Del corazón*: « Hay algunas veces en el curso de la vida placeres tan gratos y sentimientos tan tiernos, que sería natural el desear á lo ménos que fuesen permitidos; tan encantadoras dichas no pueden ser sobrepujadas sino por la de saber renunciar á ellas por virtud. » — « Se puede amar apasionadamente á ciertas hermosuras tan perfectas y de un mérito tan elevado, que el amante se limita á la contemplacion. » ¿Sería la marquesa de Bellefrière la que le inspiró esta frase tan delicada que raya en la grandeza?

No es difícil con buena voluntad reconstruir y soñar una especie de vida oculta de La Bruyère, reuniendo ántes algunos de sus pensamientos que revelan un destino y una ignorada novela. Por la forma en que habla de la amistad, de aquel *gusto que él posee y al que no llegan los que han nacido vulgares*, se creería que por ella ha renunciado al amor; y, por la manera que tiene de plantear ciertas cuestiones interesantísimas, se juraría que tuvo bastante experiencia del amor para no menospreciar la amistad. Esta diversidad de pensamientos, de los cuales pudieran deducirse varias consecuencias, imaginarse sucesivamente muy encontradas vidas amenas ó profundas, que una sola persona no ha podido directamente formar con su propia y única experiencia, se explica en pocas palabras: Molière, sin ser Alcéstes ni Orgon ni ninguno de sus personajes, es cada uno sucesivamente; La Bruyère, en el círculo del moralista, es sucesivamente cada corazón. Pertenece al pequeño número de los hombres que todo lo han sabido.

Molière, estudiándole de cerca, no hace lo que predica. Representa los inconvenientes, las pasiones y las ridiculeces de la vida para caer en ellos. La Bruyère jamás. El *Hipócrita* de La Bruyère es un cuadro perfecto; no se le escaparon las inconsecuencias del *Tartufo*. Lo mismo en su conducta: piensa en todo y se ajusta á sus máximas y á su experiencia. Molière es poeta, arrebatado, irregular, y tal vez más grande por su irregularidad y sus contradicciones. La Bruyère es la prudencia misma. No se casó nunca: « Un hombre libre, había

observado él, si tiene talento puede elevarse más alto que su fortuna, mezclarse en la sociedad, alternar con los mejores. Esto le es ménos fácil al que tiene mujer; parece que el matrimonio encierra á cada cual en su esfera. » Los que no aprueben esta manera de pensar de La Bruyère célibe, pueden suponer que amó... lo inaccesible, que permaneció constantemente fiel á un recuerdo amoroso conservando su amor platónico en el celibato.

Se ha notado muchas veces cómo la belleza humana de su corazón se descubrió á través de la ciencia inexorable de su elevado espíritu: « Se necesitan embargos, prisiones y suplicios, yo lo confieso; pero dejando aparte la justicia, las leyes y las necesidades, me sorprende siempre como una cosa nueva el espectáculo de la ferocidad con que el hombre trata al hombre. »; Cuántas reformas desde entonces perseguidas y aún no realizadas totalmente contienen estas palabras! Palpita en ellas el corazón de un Fenelon bajo un acento más reservado y contenido. La Bruyère se admira como de *una cosa nueva* de lo que á madama de Sévigné le parecía sencillamente una cosa un poco rara. El siglo XVIII que se ha de admirar de tantas cosas avanza. No hago más que recordar la sublime página de los campesinos: « Ciertos animales feroces, etc. (Capítulo *Del hombre*) » Se ha convenido en reconocer á La Bruyère en el retrato del filósofo que, sentado en su gabinete y siempre accesible no obstante la profundidad de sus estudios, os recibe diciéndoos que le lleváis algo más precioso que el oro y la plata si le dais *una ocasion de obligaros*.

Era religioso y de un espiritualismo firmemente razonado, como lo demuestra su capítulo *De los esprits forts* que, siendo el último, responde al mismo tiempo á una belleza secreta de composicion, á una precaucion tomada anticipadamente contra ataques previstos y que no faltaron y á una profunda conviccion. La dialéctica de este capítulo es fuerte y sincera, sinceridad necesaria al filósofo desprendido del tiempo en que vivió, para apoyar y justificar sus ataques á la falsa devocion entonces reinante. La Bruyère no renegó en este punto de las tradiciones de Molière: continuó aquella guerra animosa en una escena más limitada, pero con armas no ménos vengadoras. Hizo más que señalar con el dedo al cortesano convertido en devoto; hizo más que denunciar de antemano las represalias impías de la Regencia,

con el rasgo indeleble: *Un devoto es el que reinando un ateo sería ateo*; hizo más que todo esto, pues dirigió al mismo Luis XIV este consejo directo, apenas velado por aparente elogio: « Es empresa delicada la de un príncipe religioso que quiera reformar la corte haciéndola piadosa; debe conducirse con prudencia para no lanzar á los cortesanos en la hipocresía ó el sacrilegio; debe esperar más de Dios y del tiempo que de su celo y su industria. »

Á pesar de sus diálogos sobre el quietismo, á pesar de algunas palabras suyas que es sensible leer sobre la revocacion del edicto de Nántes y otras que son favorables á la mágia, me inclino á sospechar que La Bruyère más era espíritu libre que lo contrario. Aquellos grandes asuntos que le estaban vedados los sondea con discrecion, pero inmediatamente se retira. En muchas opiniones como en estilo se asemeja á Montaigne.

Deben leerse tres fragmentos esenciales entre lo mucho que se ha escrito sobre La Bruyère. El más antiguo es el del abate d'Olivet en su *Historia de la Academia*. Su modo de juzgar literalmente al ilustre autor, debía ser compartido por más de un clásico á fines del siglo xvii y principios del xviii: es el desarrollo y á mí entender el esclarecimiento de la frase algo oscura de Boileau á Racine. D'Olivet encuentra en La Bruyère demasiado *arte*, demasiado *esprit* y abuso de *metáforas*. Los otros dos fragmentos esenciales son una *Noticia* de Suard escrita en 1782 y un *Elogio* profundísimo por Victorin Fabre (1810).

Nicole participaba de la opinion de Olivet; pero segun parece, La Bruyère habia dicho en alguna parte que Nicole *no pensaba bastante*, á lo que este replicó que La Bruyère pensaba demasiado esmerándose con exceso en limar su obra.

La recepcion de La Bruyère en la Academia motivó querellas de que él mismo nos ha hablado en el prefacio de su Discurso. Como Corneille, como Molière, como todos los verdaderamente grandes escritores, La Bruyère necesitó luchar. Se vió obligado á negar la realidad de sus retratos, lanzando al rostro de los que las hacian las que él llamaba *claves insolentes*; Marcial lo habia dicho inmejorablemente: *Improbe facit qui in alieno libro ingeniosus est*. — « No dudo, en verdad, exclama La Bruyère con un acento de orgullo que dictó

el ultraje á su modestia, que el público se canse y se fatigue despues de oir durante algunos años los graznidos de los viejos cuervos al rededor de los que con libre vuelo han conquistado con sus escritos alguna pequeña gloria. » ¿Cuál es el cuervo que grazna? ¿Quién es aquel *Theobaldo* de que habla La Bruyère, que auxiliado por algunos académicos, falsos colegas, amotinó las pandillas? Benserade, con cuyas señas convienen las de *Theobaldo*, ya habia muerto. ¿Sería el viejo Boyer ú otro de la misma fuerza? ¿Ó sería Boursault que sin pertenecer á la Academia pudo coligarse con algunos miembros de la misma? D'Olivet es muy discreto en este punto.

Voltaire habló muy ligeramente de La Bruyère en su *Siglo de Luis XIV*. El marqués de Vauvenargues es casi el único, entre todos los que de La Bruyère hablaron, que comprendió su talento verdaderamente original y grande; « pero Vauvenargues, dice un autor anónimo (*Esprit des journaux*, Febrero de 1782), no tenía la autoridad que merecia y no pudo hacer la reputacion de La Bruyère ni la suya propia ». Pasaron cincuenta años ántes que el génio de La Bruyère fuese reconocido y consagrado. Sin embargo, tenía La Bruyère más de una semejanza con el siglo xviii que tan lento fué para apreciarlo.

En los diversos estudios sobre La Bruyère, y especialmente en los de Suard y Fabre, llaman la atencion algunas frases envueltas en ingeniosos elogios, que admira ver aplicadas á tan grande escritor del siglo xvii. Suard dice textualmente que La Bruyère tenía *ménos gusto que imaginacion*. Fabre, despues de analizar todos sus méritos, dice que le contaria en el pequeño número de los perfectos modelos en el arte de escribir *si mostrara siempre tanto gusto como ingenio y talento*. Esta opinion acerca de uno de los maestros del gran siglo, se debe á que La Bruyère, cronológicamente de los últimos y verdaderamente innovador del estilo, tiene ya mucho de la edad siguiente. Él mismo traza una compendiada historia de la prosa francesa en estos términos: « Se escribe regularmente desde hace veinte años; se es esclavo de la construccion; se ha enriquecido la lengua con nuevos giros, sacudiendo el yugo del latinismo y reduciendo el estilo á la frase puramente francesa; casi se ha vuelto al número que Malherbe y Balzac habian encontrado los primeros y que despues tantos otros